

LOS LÍMITES DEL PODER MILITAR ESTADOUNIDENSE[∞]

GUILLEM COLOM PIELLA*

RESUMEN

Este artículo realiza un análisis de la intervención militar estadounidense en Afganistán e Iraq. Estas campañas han puesto a prueba la imponente maquinaria bélica americana y han revelado tanto el cambiante rostro de la guerra como los límites del nuevo estilo militar surgido de la Revolución en los Asuntos Militares. Ello está obligando a Washington a revisar la estructura de fuerzas y mandos, el catálogo de capacidades, el patrón de despliegue global y a redefinir el proceso de transformación militar del país para enfrentarse con éxito a los requerimientos presentes y futuros.

Palabras clave: Transformación, Estados Unidos, Afganistán, Iraq, política de defensa, política militar, estabilización, contrainsurgencia, amenazas asimétricas.

ABSTRACT

THE LIMITS OF THE AMERICAN MILITARY POWER

This article analyses the U.S. military intervention in Afghanistan and Iraq. These protracted campaigns have not only tested the American military might; but they have also revealed the changing face of conflict and the limitations of the so-called new American way of war born after the so called Revolution in Military Affairs (RMA). Those circumstances are compelling Washington to undertake a comprehensive review of the force and command structures, the catalogue of military capabilities, the global deployment plans, and to

* Licenciado en Sociología (Universidad Autónoma de Barcelona - UAB). Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración (UAB). Doctorando y DEA en Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales (UAB). Master en Relaciones Internacionales (UAB). Doctor en Paz y Seguridad Internacional (Instituto General Gutiérrez Mellado - UNED). Se desempeñó hasta el 1º de julio de 2010 como Analista en la Unidad de Transformación de las Fuerzas Armadas, Estado Mayor de la Defensa (Madrid - España); y a contar del 1 de septiembre de 2010 se desempeña como Profesor de Ciencia Política en la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla) - España. guillemcolom@hotmail.com gcolpie@oc.mde.es

∞ Fecha de recepción: 290610
Fecha de aceptación: 241110

redefine the American defense transformation process as a means to provide the U.S. military with the necessary capabilities to meet the current and future challenges.

Key words: Transformation, United States, Afghanistan, Iraq, defense policy, military policy, stabilization, counterinsurgency, asymmetric threats.

INTRODUCCIÓN

Durante la década de 1990 la posible existencia de una *Revolución en los Asuntos Militares* (RMA), entendida esta como un profundo cambio en la forma de combatir promovido por la integración de nuevas tecnologías, doctrinas, orgánicas o conceptos operativos (Mazarr, 1993), y motivada por la aplicación de las tecnologías de la información y las comunicaciones en la esfera militar, constituyó el foco de interés de la comunidad de defensa internacional (Gray, 2004). Estados Unidos fue el promotor y principal valedor de esta revolución que, nacida tras el revés estadounidense en Vietnam, desarrollada en el frente europeo durante los años ochenta y revelado todo su potencial en la Guerra del Golfo de 1991 (Kagan, 2006), prometía inaugurar un estilo bélico más limpio, asequible y eficaz, dilatar la brecha tecnológica entre Estados Unidos y el resto del mundo y ampliar su supremacía militar frente a cualquiera de sus posibles competidores futuros.

Es por ello que Washington propuso aprovechar la aparente estabilidad que estaba viviendo el mundo, durante la inmediata Posguerra Fría, para conquistar esta revolución en el arte de la guerra que debería producirse en las primeras décadas del siglo XXI. Para ello, en el año 1997, las autoridades políticas y militares del país acordaron emprender un proceso de *transformación* que, articulado en torno a la adquisición de un nuevo catálogo de capacidades militares y la definición de una nueva estructura de fuerzas, tendría por objeto conquistar esta ansiada revolución (Roxborough, 2002).

No obstante, fue la llegada de George W. Bush a la Casa Blanca el factor que supuso el impulso final y definitivo a la RMA. Cautivados por estas ideas y consciente del importante papel que tendría esta revolución en la configuración del nuevo orden mundial, el Presidente Bush y su secretario de defensa Rumsfeld trazaron un ambicioso proceso de transformación que pretendía conquistar la revolución y preparar la defensa del país a los retos que debería hacer frente en el 2020 (Binnendijk, 2002). Para tal fin, no solo propusieron una nueva estrategia de seguridad, defensa y militar adecuada al entorno estratégico de la Posguerra Fría, sino que situaron la transformación del conjunto de la defensa estadounidense

—desde la estructura, volumen, equipamiento y capacidades de sus Fuerzas Armadas hasta la organización, funcionamiento, administración y finanzas del Departamento de Defensa— como una de las máximas prioridades políticas de la nueva administración republicana (Rumsfeld, 2002).

Aunque inicialmente considerada como el medio para conquistar la RMA, pronto la *transformación* sustituyó a la *Revolución en los Asuntos Militares* como eje del planeamiento de la defensa estadounidense y foco del debate internacional en asuntos de defensa. Y es que junto con la fascinación del secretario Rumsfeld por esta idea, los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 terminaron repentinamente con la pausa estratégica iniciada con el fin del mundo bipolar, convencieron a Estados Unidos de la urgencia de adaptar su arquitectura de seguridad y defensa al nuevo ambiente estratégico, aceleraron su proceso de transformación y le permitieron poner en práctica la ansiada revolución (Colom, 2008).

Las espectaculares victorias cosechadas por el ejército estadounidense durante las fases iniciales de las campañas afgana e iraquí parecieron confirmar la validez del nuevo estilo militar fruto de la RMA. No obstante, con el paso de las operaciones convencionales a las labores de estabilización y el estallido de la insurgencia no solo empezaron a vislumbrarse los límites de este modelo en escenarios irregulares; sino también las vastas dificultades que entraña la estabilización de zonas hostiles, los costes humanos y materiales que conllevan este tipo de campañas cuya resolución requiere el empleo integrado de una amplia gama de herramientas que van mucho más allá de la fuerza armada (diplomáticas, económicas, policiales, ayuda al desarrollo, humanitarias, etc.) (Gvosdev y Reveron, 2010); los problemas políticos, sociales y militares que provocan estos largos despliegues o las nuevas y apremiantes necesidades operativas motivadas por la participación en ambos conflictos (Wright y Reese, 2008 o Ricks, 2005).

Estos factores no solo han zanjado el debate sobre la posible existencia de esta revolución que prometía transformar el arte de la guerra y han motivado su desaparición de la agenda político-militar del Pentágono, sino que también han provocado un cambio de rumbo en la transformación militar estadounidense; pues a fecha de hoy el objetivo fundamental del proceso no es conquistar la RMA sino dotar a un ejército organizado, adoctrinado y equipado para la lucha convencional de las capacidades necesarias para resolver los problemas actuales (guerra irregular e híbrida, estabilización y apoyo militar a la reconstrucción, ocupación del territorio o seguridad), y preparar la arquitectura defensiva del país para enfrentarse con éxito a los peligros futuros y mantener su supremacía militar en el siglo que ahora empieza (McNaugher, 2007).

BUSH VA A LA GUERRA

Los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 conmocionaron al mundo y provocaron la inmediata reacción de Washington que optó por responder a los ataques invadiendo Afganistán para derrocar al régimen talibán, detener a los responsables de los atentados y acabar con este santuario terrorista.

La invasión y ocupación de este país centroasiático despertaba enormes temores en la comunidad de defensa estadounidense, pues en los años ochenta Afganistán había derrotado al gigante soviético. Sin embargo, el secretario Rumsfeld estaba totalmente convencido de que este era el escenario idóneo para probar la nueva maquinaria militar del país, ensayar el nuevo estilo bélico fruto de la revolución y catapultar el proceso de transformación militar.¹ Es por ello que desechó los *conservadores* planes presentados por los estrategas militares que primaban largas campañas de bombardeo y eludían el empleo de fuerzas terrestres² y se aferró a la propuesta realizada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que, basada en la provisión de apoyo aéreo, económico y militar a las tribus locales para que apoyaran la intervención americana, le permitiría validar el nuevo estilo de hacer la guerra. Sin embargo, el Presidente Bush finalmente aprobó un plan de operaciones sensiblemente más moderado que el presentado por su secretario de defensa que integraba ambos enfoques pero mantenía los erróneos supuestos y ambiguos objetivos políticos de ambos planteamientos. Y es que a pesar de la retórica estadounidense –adoptada por numerosos aliados occidentales– sobre la urgencia de promover un cambio de régimen en Afganistán y apoyar su refundación con objeto de llevarlo al siglo XXI e integrarlo dentro de la comunidad internacional, no se realizó ningún estudio sobre cómo debería ser este país una vez derrocado el régimen talibán ni tampoco se propuso ninguna estrategia para su estabilización y reconstrucción. Además, el plan aprobado no solo revelaba un completo desconocimiento de la geografía física y humana afgana, sobreestimaba su capacidad militar, olvidaba que el gobierno talibán ni controlaba todo el territorio del país ni tampoco gozaba del apoyo popular y descuidaba el hecho que ninguno de los clanes enfrentados al Mullah Omar y con objetivos políticos muy distintos a los norteamericanos era lo suficientemente poderoso como para gobernar el país

1 Una detallada descripción del denominado *New American Way of War* que, calificado como el estilo militar propio de la RMA, se fundamenta en la tecnología, el conocimiento y la precisión para lograr victorias rápidas, limpias y contundentes, puede hallarse en Boot (2003).

2 En efecto, al sobreestimar el poder militar afgano y advertir de los peligros de invadir Afganistán, el CENTCOM estadounidense elaboró varios planes que primaban largas campañas de bombardeo y eludían el empleo de fuerzas terrestres. Un análisis más detallado sobre todos los aspectos referentes a la confección del plan de operaciones para Afganistán puede hallarse en Woodward (2002).

de forma individual; sino que también obvió la histórica oportunidad que se presentaba a Estados Unidos de luchar contra Al Qaeda en terreno abierto (DeLong y Lukeman, 2004).

En octubre de 2001 arrancó la Operación Libertad Duradera con el bombardeo de varios objetivos estratégicos –sistemas de defensa aérea, centros de mando y control, infraestructuras vitales– y la incursión de pequeños grupos de operaciones especiales, infantería ligera y equipos de la CIA apoyados permanentemente por la Fuerza Aérea y la Alianza del Norte, una coalición *ad hoc* de clanes rivales unidos por su origen no-Pashtun y su odio a los talibanes. Después de varias semanas de cruentas luchas entre las fuerzas de la coalición y las milicias talibanes, el régimen afgano se desmoronó y los milicianos se replegaron a las montañas y al vecino Pakistán, las fuerzas de la coalición entraron triunfantes en Kabul y el líder tribal Hamid Karzai fue designado Presidente de la nueva Autoridad Provisional Afgana.

La fulminante victoria lograda por esta extraña coalición de conveniencia asombró al mundo y sorprendió a la comunidad de defensa americana, que no dudó en proclamar que las tecnologías (vehículos aéreos no-tripulados, sistemas de comunicación por satélite, equipos de navegación y posicionamiento global o armas inteligentes); procedimientos (guerra en red, plena integración entre las fuerzas aéreas y terrestres, operaciones basadas en efectos o dominación rápida) y orgánicas (una pequeña fuerza combinada e interagencia constituida *ad-hoc* para la misión) empleadas durante la Operación Libertad Duradera eran signos inequívocos de que la RMA estaba en marcha, por lo que aconsejaron acelerar el proceso de transformación militar (Bardají y Coma, 2002).

El mismo Presidente Bush manifestó su asombro por la forma en cómo se habían desarrollado las operaciones militares y advirtió que Afganistán había demostrado la validez del nuevo estilo de hacer la guerra producto de la revolución, pues *“... en estos meses hemos visto cómo sistemas tecnológicamente avanzados junto con doctrinas innovadoras pueden modelar y triunfar en un conflicto no-convencional. Nuestras Fuerzas Armadas están redefiniendo los principios de la guerra con avanzadas tecnologías, nuevos conceptos operativos, y revolucionarios procedimientos y viejos valores como el coraje y el honor. Está emergiendo una revolución militar que promete cambiar el rostro de la guerra”*.³ El titular de Defensa ratificó esta idea al proclamar poco después que la Operación Libertad Duradera *“... ha demostrado cómo una Revolución en los Asuntos Militares es mucho más*

3 Discurso de George W. Bush en la Academia Militar de Charleston (Carolina del Sur), 11 de diciembre de 2001.

que desarrollar nuevas armas y tecnologías. Comporta también nuevas formas de pensar, nuevos estilos de operar y nuevas formas de luchar".⁴

En conclusión, la espectacular victoria conseguida por la coalición en Afganistán entusiasmó a los adeptos y convenció a los escépticos de la naturaleza, alcance y efectos de la revolución a la vez que dio el impulso final y definitivo a la transformación militar estadounidense, un proceso que alcanzó fama mundial (Biddle, 2002). Sin embargo, este rotundo éxito logrado por una pequeña e innovadora fuerza-conjunta, combinada e interagencia, constituida *ad-hoc* para la misión y compuesta por elementos tan heterogéneos como unidades de operaciones especiales, infantería ligera, agentes de inteligencia y milicianos afganos apoyados permanentemente desde el aire, equipada con avanzadas tecnologías⁵ y novedosos procedimientos como las operaciones en red o la dominación rápida que, sin embargo, demostraron enormes carencias que volverían a demostrarse en Iraq,⁶ provocó tal euforia y autocomplacencia entre la clase política y militar del país que obviaron los límites de este estilo militar y proporcionaron una falsa sensación de seguridad que Estados Unidos pagaría poco después (Kagan, 2006: 287-99).

En efecto, la Operación Libertad Duradera derrocó el régimen talibán y alteró el entramado terrorista de Al Qaeda en Afganistán pero no logró capturar a Osama Bin Laden o el Mullah Omar, dos de los máximos objetivos de la campaña militar. Además, el reducido volumen de tropas empleado para invadir el país; su deficitaria preparación en labores de seguridad, contrainsurgencia o estabilización e incapacidad para ejercer un control efectivo del territorio y la inexistencia de un plan político coherente para su pacificación, facilitaron el estallido de una feroz campaña insurgente que ha continuado hasta fecha de hoy a pesar de los enormes esfuerzos de la comunidad internacional para pacificar el país.

En efecto, y es que nueve años después del derrocamiento del régimen talibán, la situación de Afganistán es desalentadora: el país se halla sumido en la miseria

4 Palabras de Donald Rumsfeld en la Universidad Nacional de la Defensa, 31 de enero de 2002.

5 Sin embargo, es interesante comentar que la combinación de lo moderno –sistemas no-tripulados, sistemas de navegación y posicionamiento, comunicaciones por satélite o armas inteligentes– con lo tradicional –bombarderos B-52, vehículos civiles o caballos y mulas– fue el rasgo de la campaña afgana que más fascinó al subsecretario Wolfowitz (2004) que no dudó en afirmar que "...over and over again that we have this amazing combination of a 19th century horse cavalry and 50-year-old B-52s, combined with modern communications into a true 21st century capability". (p. 3)

6 En efecto, mientras Conrad Crane (2003: 3-7), responsable del estudio preliminar de la campaña afgana para el Ejército de Tierra estadounidense entiende que fue imposible combatir realmente en red por falta de práctica, ancho de banda e incompatibilidad entre ciertos sistemas de comunicación aéreos y terrestres, Frederick Kagan (2006: 291) proclama que no hubo ninguna operación de dominación rápida ("choque y pavor" en el argot militar) como tal, pues prácticamente ni existían centros de gravedad, infraestructuras o un poder centralizado en los que aplicar el poder militar.

y continúa inmerso en un caos permanente, con un gobierno ineficaz, corrupto y penetrado por los islamistas, instituciones inoperantes e ilegítimas, violencia galopante y generalizada, población local desengañada con la intervención aliada y temerosa de su futuro, insurgencia cada vez más activa y arraigada y un movimiento talibán que espera pacientemente la marcha de las potencias occidentales para volver a imponer su voluntad en este inhóspito país centroasiático (Cordesman, 2010).

En definitiva, a fecha de hoy y una vez agotadas las opciones del general David McKiernan (fundamentada en el incremento de las fuerzas de combate y una estrategia más proactiva con objeto de recuperar la iniciativa y el territorio perdidos) y del general Stanley McCrystal (basada en la adaptación de la *Surge* –una estrategia articulada en torno al cierre del teatro de operaciones, el aumento súbito de fuerzas empleadas en labores de contrainsurgencia y el aislamiento de los elementos insurgentes más extremistas– al teatro afgano para desempantanar la situación); la última posibilidad para cambiar el destino de Afganistán recae en manos del general David Petraeus. Artífice de la *Surge* y responsable de la estabilización de Iraq, el general goza de la plena confianza del Presidente Obama –un apoyo que su antecesor nunca obtuvo– para realizar cuantas acciones sean necesarias para conseguir un entorno de seguridad que permita a los aliados proclamar la victoria frente al yihadismo, trasvasar la responsabilidad al gobierno afgano y salir de este avispero cuyo futuro no es, en absoluto, esperanzador.

Sin embargo, a principios de 2002 la situación parecía completamente distinta, por lo que la administración republicana –plenamente convencida de que la campaña afgana había sido un éxito militar, diplomático y político absoluto– procedió a trasladar estos preceptos en el planeamiento para invadir Iraq (Bardají, 2002).

ESTADOS UNIDOS EN MESOPOTAMIA

La segunda y definitiva prueba del nuevo estilo militar americano se produjo en Iraq, un país que pocos años antes había contemplado la incipiente RMA y cuya invasión no solo expuso las virtudes y los límites de esta nueva forma de combatir que, basada en la tecnología, el conocimiento y la precisión, anhelaba victorias rápidas, limpias y decisivas; sino que también ha supuesto la redefinición del proceso de transformación militar (Owens, 2003).

Cuando el régimen de Saddam Hussein fue incluido por el Presidente Bush en el llamado “eje del mal” por sus supuestos vínculos con Al Qaeda y posible tenencia de armamento de destrucción masiva, la poderosa maquinaria militar americana comenzó a prepararse para invadir Iraq y acabar definitivamente con el dictador.

Los planes iniciales no distaban mucho de la Operación Tormenta del Desierto de 1991, pues se basaban en el despliegue y ensamblaje de una enorme fuerza, una campaña aérea para erosionar la resistencia iraquí y una incursión terrestre desde el norte y el sur del país hasta conquistar Bagdad. Sin embargo, Donald Rumsfeld desechó estos planes porque eran demasiado conservadores, pues el despliegue y concentración de fuerzas sería lento, acarrearía grandes costes políticos y lastraría las maniobras diplomáticas del país. Determinado a superar las inercias históricas y acabar definitivamente con la restrictiva y obsoleta doctrina Weinberger-Powell –que imponía severas limitaciones al empleo del poder militar y debilitaba extraordinariamente la capacidad de maniobra política del país al recomendar el empleo de la fuerza militar como último recurso, de manera aplastante y con objetivos claramente definidos⁷– Rumsfeld propuso aplicar su revolucionario modelo e ir a la guerra con una fuerza mucho menor (Woodward, 2004).

Después de varias tentativas infructuosas y numerosas controversias entre la cúpula militar y política sobre la estrategia a seguir y el volumen de fuerzas a emplear en la invasión de Iraq (que comprendían desde los 85.000 efectivos propuestos inicialmente por Rumsfeld a los 500.000 requeridos por el general Shinseki, Jefe de Estado Mayor del Ejército), el Mando Central (CENTCOM) estadounidense presentó un sofisticado plan de operaciones que obtuvo la aprobación de Donald Rumsfeld. La invasión del país correría a cargo de una fuerza –cuantificada en 300.000 efectivos– que se desplegaría a Oriente Medio para iniciar de inmediato las operaciones militares, articuladas en torno a una campaña de “choque y pavor” con ataques aéreos contra los centros de gravedad iraquíes y la simultánea penetración terrestre para conquistar rápidamente Bagdad, pues el principal objetivo de la campaña no era acabar con el ejército iraquí sino paralizar el país, tomar la capital y derrocar el régimen antes de que Hussein pudiera llevar a cabo alguna represalia contra las fuerzas de la coalición. Alcanzados los objetivos militares, el plan finalizaba con la estabilización del país y el establecimiento de las precondiciones necesarias para la instauración del nuevo régimen político; momento en que la fuerza militar transferiría su responsabilidad al poder civil (Gordon y Trainor, 2005).⁸

7 Un interesante repaso a la elaboración y desarrollo de la doctrina Weinberger-Powell y de su aparente incompatibilidad con el nuevo estilo militar americano puede hallarse en Abonadi (2006).

8 Aunque el CENTCOM entendió que su responsabilidad terminaba con la estabilización de Iraq, el plan de operaciones presentado al secretario Rumsfeld contenía una Fase IV que abarcaba la estabilización, recuperación y transición del país consistente en: (1) la eliminación de las bolsas de resistencia, (2) la toma de las infraestructuras vitales, (3) la protección de los prisioneros de guerra, (4) la localización del armamento de destrucción masiva, (5) la asistencia humanitaria de emergencia, (6) el control de los desplazados, (7) el mantenimiento del orden público, (8) el ejercicio de la autoridad militar en los niveles locales, (9) la restauración de los servicios básicos, (10) el apoyo militar a los actores humanitarios, (11) la reparación de las líneas de comunicaciones vitales, (12) la promoción de la gobernanza iraquí a nivel local, regional y nacional, y por último (13) la asistencia a la reintegración del ejército iraquí.

Finalizado el ultimátum impuesto por Estados Unidos para que Iraq accediera a cooperar con la comunidad internacional, el 19 de marzo de 2003 empezó la Operación Libertad Iraquí con el bombardeo de varios puntos de la capital con la esperanza de liquidar la cúpula del gobierno iraquí y derrocar el régimen sin la necesidad de invadir el país. Fracasado este ataque de decapitación, los ejércitos de la coalición cruzaban la frontera para acabar definitivamente con Saddam Hussein. Mientras los aviones de la Fuerza Aérea y la Armada disfrutaban de la plena supremacía en el aire y batían los centros de gravedad y las concentraciones de tropas enemigas a voluntad, las fuerzas mecanizadas del Ejército y el Cuerpo de Marines penetraban desde el sur camino a Bagdad y las unidades ligeras y de operaciones especiales liberaban el Kurdistán iraquí.⁹

Mientras la campaña de “choque y pavor” contra los centros de gravedad del régimen paralizó el país pero no consiguió la inmediata capitulación pretendida por los estrategos americanos, que sobrevaloraron el papel de la oposición iraquí y obviaron la tradicional inoperancia de su estructura de mando y control; la invasión terrestre procedió con una rapidez inaudita, tomando Bagdad en veinte días a pesar de dilatar en exceso las líneas de suministro, avanzar sin consolidar el territorio y descuidar la retaguardia (Donnelly, 2004).

Un mes después de iniciarse la campaña militar, las fuerzas de la coalición habían ocupado el país, tomado la capital y derrocado el régimen baathista de Saddam Hussein. Cuando el Presidente Bush anunció el fin de las hostilidades, una irrefrenable euforia se apoderó de la sociedad americana, pues Iraq parecía haber ratificado el alcance y efectos de la revolución y la buena marcha de la transformación. Prácticamente nadie pensaba que esta situación podría torcerse tal y como sucedió poco después.

En efecto, los analistas de defensa estadounidenses estimaron que la espectacular victoria frente a Iraq había confirmado las enormes cualidades del nuevo estilo militar americano. Las avanzadas plataformas, sensores y sistemas de armas desplegados (que comprendían desde los más veteranos equipos heredados de la Guerra Fría hasta los más modernos sistemas de navegación, comunicaciones o mando y control), los revolucionarios procedimientos empleados (operaciones

9 Inicialmente, el plan de operaciones contemplaba emplear la Cuarta División de Infantería Mecanizada para apoyar la invasión desde el norte. Sin embargo, la negativa del gobierno de Ankara a aceptar el despliegue de esta unidad en suelo turco junto con la inexistencia de fuerzas pesadas enemigas en la zona, comportaron que Estados Unidos desechara este plan y fuera a la guerra con una estructura de fuerzas sensiblemente más ligera que la inicialmente proyectada.

rápidas, decisivas, basadas en efectos y fulminantes)¹⁰ y las innovadoras formas de organización adoptadas (plena integración en red de una fuerza conjunta terrestre y anfibia con pleno apoyo aéreo) habían dotado al despliegue estadounidense –que en ningún caso sobrepasó los 100.000 efectivos– de un potencial militar sin precedentes en la historia. Todo ello permitió que esta pequeña fuerza gozara del pleno dominio del espacio de batalla, luchara con una velocidad, empuje y dinamismo nunca vistos hasta la fecha y lograra el “choque y pavor” perseguido por los estrategos americanos, paralizando el régimen iraquí, desarticulando sus sistemas de mando y control, causando una absoluta confusión entre las filas del ejército iraquí, anulando cualquier oposición militar digna de mención y logrando un triunfo fulminante, aplastante y decisivo.

El Pentágono también se sumó al entusiasmo reinante en Estados Unidos. En la primera comparecencia del secretario de Defensa posterior al cese de las hostilidades, Rumsfeld proclamó que la fulminante victoria americana frente a Iraq, posibilitada por la efectividad de la campaña de “choque y pavor”, el elevado ritmo de las operaciones, la plena integración del esfuerzo conjunto, la guerra en red, la precisión de los ataques o la inteligencia a tiempo real, no solo había demostrado que la revolución estaba a punto de lograrse y que la transformación marchaba por el camino correcto; sino que había enterrado definitivamente el concepto de fuerza decisiva como axioma de la acción militar estadounidense y ratificado la validez del nuevo estilo americano de hacer la guerra. En este sentido, Rumsfeld afirmó que “... *Iraq ha revelado el potencial de esta nueva forma de lucha que nos ha permitido triunfar decisivamente empleando una fuerza suficiente. Y es que mientras en el pasado la fuerza se medía en términos de masa, razón por la cual era necesario abrumar numéricamente al enemigo para derrotarlo, hoy en día puede lograrse con el empleo de las capacidades de manera innovadora y revolucionaria*”.¹¹

En la misma comparecencia, el general Tommy Franks, comandante operacional de la fuerza multinacional, avaló los planteamientos de Rumsfeld y añadió que los aspectos más destacables de la operación habían sido la acción conjunta, el armamento de precisión, la consciencia situacional proporcionada por los

10 Iraq fue el campo de pruebas escogido para integrar las grandes concepciones operativas desarrolladas durante la década anterior: las *Operaciones Basadas en Efectos*, encaminadas a la obtención de efectos sobre el comportamiento, conducta y capacidades iraquíes para lograr la situación final deseada; las *Operaciones Rápidas y Decisivas*, que explotaban el diferencial de capacidades entre Estados Unidos e Iraq para lograr una victoria clara y definitiva, y la *Dominación Rápida* (más conocida como “choque y pavor”) buscaba paralizar completamente el régimen de Saddam Hussein mediante ataques rápidos y coordinados contra sus centros de gravedad (Colom, 2005).

11 Comparecencia ante el Comité del Senado para las Fuerzas Armadas, 9 de julio de 2003.

avanzados sistemas de mando y control, la elevada disponibilidad de los equipos empleados o la preparación e iniciativa de las fuerzas de la coalición. El subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz también se sumó al júbilo generalizado que existía en el país al declarar que la campaña iraquí había mostrado al mundo los primeros frutos de la RMA, pues el ejército estadounidense –definido por su esfuerzo conjunto, articulación en red, avanzadas plataformas, modernos sensores y poderosos proyectiles inteligentes– logró dominar inmediatamente el espacio de batalla, combatir a un ritmo nunca visto hasta la fecha, atacar las fuerzas y resortes del poder iraquí desde todas las dimensiones, disfrutar de la plena protección del despliegue y conquistar los objetivos de la campaña con una rapidez, decisión y resolución inusitadas.¹²

En conclusión, la espectacular victoria de Estados Unidos en Iraq –lograda por una pequeña fuerza dotada de probados materiales, equipada con avanzadas tecnologías y empleada en base a nuevos conceptos operativos– pareció corroborar los primeros frutos de la revolución, la validez de la transformación y la eficacia del nuevo estilo militar americano. Ello no solo acentuó el optimismo reinante entre la clase política y militar del país después del sorprendente éxito cosechado en Afganistán, reforzó la injustificada autocomplacencia sobre los logros de una transformación que no había hecho más que empezar y obvió los inconvenientes que pudieron vislumbrarse en ambas campañas; sino que proporcionó una ilusoria sensación de confianza y ficticia seguridad que Estados Unidos pagaría muy poco después.

Efectivamente, la Operación Libertad Iraquí logró ocupar el país, tomar la capital y derrocar la dictadura de Saddam Hussein en cuestión de semanas. Sin embargo, ni el régimen baathista sucumbió al “choque y pavor” concebido por los estrategos del Pentágono; ni la manera en que se condujeron las operaciones militares fue tan revolucionaria como proclamaron los políticos y militares americanos; ni la oposición armada fue tan feroz como habían supuesto los generales de la coalición; ni la población recibió con los brazos abiertos a sus liberadores como había propugnado la oposición iraquí; ni la democracia floreció en el país y se propagó al resto de la región como habían imaginado los neoconservadores estadounidenses (Kagan, 2006: 333-340).

Además, el reducido volumen de tropas usado para invadir Iraq, su limitada preparación para el desempeño de labores de seguridad e incapacidad para controlar efectivamente el territorio, el mantenimiento de grandes bolsas de resistencia,

12 Discurso en la Escuela de Guerra Naval de la Armada Estadounidense, Newport, 20 de junio de 2003.

el convencimiento de que la comunidad internacional se sumaría a la estabilización y reconstrucción del país o la controvertida decisión de disolver el ejército y la policía iraquíes, provocaron el colapso total del país y el inicio de una profunda espiral de violencia. A fecha de hoy, aunque la situación del país es muy frágil y está lejos de ser pacífica, el problema iraquí parece estar en vías de solución gracias al notable éxito logrado por la *Surge* para controlar el territorio y reducir la violencia insurgente, el sostenido desarrollo de capacidades locales y la entrada en vigor del Acuerdo Sobre el Estatuto de Fuerzas según el cual la presencia militar americana se reducirá progresivamente hasta 2011, cuando está previsto que se transfiera la autoridad al gobierno iraquí y la salida definitiva de Estados Unidos del país.

LOS LÍMITES DEL PODER IMPERIAL

Las campañas afgana e iraquí han expuesto tanto las posibilidades como los límites del poder militar norteamericano. Por un lado, han vuelto a mostrar la imbatibilidad de Estados Unidos en el terreno convencional, una hegemonía que la RMA ha logrado acrecentar hasta cotas insospechadas y que sin ninguna duda todos y cada uno de los competidores de Washington han tomado muy buena nota. Sin embargo, Afganistán e Iraq también han supuesto un baño de realismo que ha acabado definitivamente con las proclamas revolucionarias de la década anterior.

En primer lugar, estos conflictos han expuesto las carencias de este ejército equipado, adoctrinado, organizado y adiestrado para combate de alta intensidad contra adversarios convencionales cuando se ha visto obligado a estabilizar un territorio hostil mientras lleva a cabo una campaña contrainsurgente contra fuerzas irregulares e híbridas... una cosa un tanto paradójica cuando, a diferencia del secretario Rumsfeld, un realista convencido de la utilidad del poder militar como medio para mantener la hegemonía política del país, el Presidente Bush –influenciado por el pensamiento neoconservador del momento– proclamó que Estados Unidos debía estar en condiciones de realizar operaciones de cambio de régimen y de construcción nacional (Gray, 2006). En segundo lugar, estas campañas también han puesto de manifiesto el enorme precio político, humano, económico, material y diplomático que debe pagarse cuando se pretende el cambio forzoso de un régimen y su posterior pacificación... un coste que los más acérrimos defensores de la RMA, con su fe ciega en la tecnología para lograr victorias rápidas, decisivas, sin apenas daños colaterales y prácticamente sin bajas propias, habían obviado en calcular. Finalmente, estas guerras han demostrado, una vez más, las limitaciones inherentes de la tecnología para ver lo que sucede “en el otro lado de la colina” (aunque los avanzados sistemas de observación, mando y control o los sofisticados aviones no-tripulados permiten vaticinar lo que podría haber...); el tradicional

tecnocentrismo y latente convencionalismo del pensamiento militar americano, todavía articulado en torno al potencial de su industria y el poder de su armamento; la inmutable naturaleza de la guerra, en la que el horror, la destrucción, la violencia y la muerte son sus elementos definidores; y la equivocada dirección que tomó en un primer momento la transformación militar, inicialmente encaminada a conquistar la tan ansiada *Revolución en los Asuntos Militares* y reforzar la supremacía del país frente a posibles competidores futuros y actualmente orientada a resolver los apremiantes problemas presentes.¹³

En otras palabras, el Presidente Obama ha heredado de su antecesor en el cargo una difícil situación en el campo de la seguridad y defensa. Y es que junto al trascendental reto que supone la necesaria salida de Iraq y la estabilización de Afganistán, deberá enfrentarse a otras importantes cuestiones pendientes como son la reconducción del proceso de transformación, la adecuación de la estrategia militar del país al contexto actual o la reforma de un entramado defensivo obsoleto e incapaz de satisfacer las exigencias presentes y futuras.

Y para afrontar tales desafíos, Obama ratificó en el cargo al republicano Robert Gates que, avalado por una intachable gestión al frente del Pentágono durante el mandato de George W. Bush, continúa implementando su agenda basada en resolver los apremiantes problemas presentes a la vez que intenta, en la medida de lo posible, preparar la arquitectura defensiva de la nación a los inciertos retos futuros.

Aunque algunas de las *nuevas* grandes líneas de la política de defensa y militar del país fueron planteadas formalmente a principios de 2010 con la presentación de la *Revisión Cuadrienal de la Defensa 2010* (QDR 2010), un indefinido trabajo que no consiguió la bendición de la comunidad de defensa del país y que constituyó la antesala de la nueva Estrategia Nacional de Seguridad (NSS 2010) publicada a mediados de año, el Pentágono viene implementando su estrategia orientada a resolver los problemas presentes y anticiparse a los retos futuros desde el 2006 (Cordesman, 2009).

Así, la máxima prioridad del Departamento de Defensa pasa por resolver los frentes iraquí y afgano. Mientras se asume que el primero se halla en vías de

13 Estas reflexiones están perfectamente resumidas por Frederick Kagan (2006) al afirmar que: "... the U.S. Strategic Community in the 1990s was in general so caught up with the minutiae of technology that it lost sight of the larger purpose of war, and therefore missed the emergence of a challenge even more important than that of technology - the challenge of designing military operations to achieve particular political objectives. As it would turn out, that challenge would prove the most important for U.S. forces in the post-9/11 world" (p. 253).

solución gracias a la reducción de la violencia insurgente y el desarrollo sostenido de capacidades locales; la situación afgana es diametralmente opuesta, pues el país se encuentra sumido en la miseria e inmerso en un caos permanente, con un gobierno ineficaz, unas instituciones inoperantes y una violencia creciente a pesar de los baldíos esfuerzos realizados por una comunidad internacional que pretende abandonar el país con la mayor brevedad posible.

En segundo lugar, el Pentágono debe afrontar las carencias operativas de una fuerza agotada después de ocho años de guerra y escasa en capacidades adecuadas para participar en conflictos de baja o media intensidad y realizar labores de contrainsurgencia, estabilización, seguridad o control del territorio.¹⁴ En consecuencia, intentará alcanzar los objetivos de fuerza previstos para el Ejército de Tierra y el Cuerpo de Marines para así aumentar la operatividad de las unidades, reducir su estrés y facilitar los relevos; incrementar la preparación de los combatientes para realizar labores de cooperación civil-militar, seguridad y sobre todo guerra irregular; y por último proporcionar los equipos necesarios para el eficaz desempeño de las misiones –en especial vehículos protegidos contra minas y emboscadas, sistemas aéreos no-tripulados o equipamiento personal– mediante la flexibilización, racionalización y adaptación de los procedimientos vigentes para la adquisición y financiación del material en caso de urgencia.¹⁵

En tercer lugar, a pesar de los recortes sufridos en el presupuesto militar del país, Gates intentará garantizar la financiación de las operaciones en curso, la preparación y disponibilidad de la fuerza, los planes de modernización del material heredado, la adquisición de capacidades críticas (transporte intrateatro, vehículos aéreos no-tripulados, sistemas C⁴ISTAR, guerra irregular y ciberdefensa) o el desarrollo de nuevos sistemas de armas que garanticen la supremacía militar futura del país.¹⁶

Igualmente, se intentará reformar el proceso de adquisición de armamento y articular los dos grandes paradigmas de obtención de material. Y es que el Pentágono debe financiar la compra de unos ambiciosos, complejos y caros programas que en ciertos casos apenas satisfacen las necesidades actuales pero que han hi-

14 Estas áreas han sido identificadas por el concepto básico para las Operaciones Conjuntas (*Capstone Concept for Joint Operations*) que, firmado por la máxima autoridad militar del país, orienta el desarrollo de nuevos conceptos operativos y la obtención de nuevas capacidades militares.

15 A tal efecto es muy interesante la lectura del texto íntegro de la comparecencia del secretario Gates ante el Comité del Senado para las Fuerzas Armadas (*Senate Armed Services Committee*) el día 27 de enero de 2009.

16 A tal efecto, véase tanto el Informe de la Revisión Cuadrienal sobre los Roles y las Misiones (*Quadrennial Roles and Missions Review Report*) elaborado para implementar los presupuestos de defensa para el año 2008 y guiar la elaboración de la QDR 2010; como la comparecencia del secretario Gates ante el Comité del Senado para las Fuerzas Armadas el 13 de mayo de 2009.

potecado sus cuentas futuras, con la compra y pago de material por procedimiento de urgencia para desempeñar los cometidos presentes.

Por chocante que pueda parecer, la reforma de la programación militar es posiblemente uno de los mayores retos que tiene por delante el Departamento de Defensa, pues las experiencias recientes no solo han vuelto a poner de manifiesto una realidad que identificó a mediados de la década pasada el secretario Perry cuando quiso impulsar la RMA y garantizar su financiación, e intentó resolver el malogrado Rumsfeld como es la enorme inflexibilidad, el extremo corporativismo y la gran descoordinación de este sistema todavía anclado en la Guerra Fría, o el incesante aumento en los costes de los grandes programas estrella; sino también la necesidad de racionalizar los procedimientos, unificar los requerimientos, externalizar la gestión, incrementar la competencia, flexibilizar la financiación, emplear un diseño en espiral para los productos con el fin de ahorrar costes en I+D y acelerar su entrada en servicio, e incluso cancelar varios proyectos independientemente de su estado actual. Tal y como ha expuesto en diversas ocasiones, Gates parece determinado a recabar el apoyo del Congreso, el Senado y el complejo militar-industrial del país para lograr este objetivo.

En quinto lugar, el Pentágono también debe ajustar la estrategia militar estadounidense a la realidad actual. Ello implicará adaptar los objetivos de fuerza y el planeamiento de recursos a los niveles de ambición propuestos por la QDR 2010; desarrollar un catálogo de capacidades polivalentes que garanticen la supremacía militar americana frente a adversarios convencionales, irregulares o híbridos; y revisar el patrón de despliegue global para adaptarlo tanto a la nueva estructura funcional y geográfica de los mandos combatientes como a las necesidades operativas surgidas de la actual situación estratégica.

Finalmente, el secretario Gates también llevará a cabo varios ajustes en la política de personal militar con el fin de garantizar los objetivos de captación y retención, facilitar la reintegración de los veteranos de guerra a la vida civil y preparar a los combatientes para el desempeño de nuevos cometidos como la guerra irregular, la gestión de crisis, la estabilización posconflicto o el apoyo a las autoridades civiles (Gvosdev y Revero, 2010).

En resumen, nueve años después de que el Presidente Bush y el secretario Rumsfeld proclamaran la existencia de la *Revolución en los Asuntos Militares* y formularan un ambicioso proceso de *transformación* para lograr este nuevo estadio militar y preparar la arquitectura defensiva del país para los retos del nuevo milenio, a fecha de hoy el Departamento de Defensa estadounidense tiene que enfrentarse

a otros problemas más acuciantes: la gradual salida de Iraq y la ineludible estabilización de Afganistán; la solución a las carencias operativas presentes junto con el desarrollo de nuevas capacidades para las guerras futuras; la reforma del obsoleto e ineficaz modelo de programación militar y la suspensión de algunos de los programas estrella del Pentágono; la implementación de una nueva política de personal acorde con las actuales necesidades operativas o la determinación de un nivel de ambición y la articulación de una estructura de fuerzas, un catálogo de capacidades y un patrón de despliegue realistas y adecuados al entorno estratégico de inicios del siglo XXI. Todas estas acciones se dirigirán hacia un simple pero complejo fin ya insinuado en la QDR 2010: disponer –al terminar la presente legislatura– de una fuerza equilibrada operativamente (apta para la lucha regular, irregular e híbrida), funcionalmente (capaz de realizar acciones de combate, seguridad, respuesta a crisis, estabilización u ocupación) y geográficamente (con un patrón de despliegue global acorde con la nueva situación estratégica).

En definitiva, Gates se enfrenta a una difícil misión: impulsar la adaptación de una arquitectura de seguridad y defensa anclada en la Guerra Fría y preparada para intervenir en guerras cortas y decisivas por una capaz de sostener largas e indefinidas campañas; transformar una mentalidad estratégica encorsetada en el combate convencional versus irregular por una nueva concepción más flexible, coherente y acorde con los complejos e indefinidos conflictos presentes y futuros; y dar un golpe de timón en un proceso de transformación inicialmente planteado para lograr la tan codiciada RMA y preparar los ejércitos del país para unos retos futuros que todavía no se han revelado, a otro muy distinto y encaminado a dotar a las Fuerzas Armadas más poderosas del planeta de las capacidades más idóneas para satisfacer las carencias presentes. No obstante, la excesiva atención que los estrategos del Pentágono están prestando a los problemas actuales en detrimento del desarrollo de capacidades para disuadir, luchar y triunfar en las guerras futuras puede erosionar la supremacía militar y hegemonía política de Estados Unidos... el futuro dirá si el rumbo que ha tomado la transformación militar del país ha sido un acierto o un craso error de magnitud estratégica.

BIBLIOGRAFÍA

ABONADI, E. (2006). *Weinberger-Powell and Transformation: Perceptions of American Power from the Fall of Saigon to the Fall of Baghdad*, Monterrey, Estados Unidos: Naval Postgraduate School.

BARDAJÍ, Rafael L. y COMA, Manuel (2002). La guerra en Afganistán: lecciones preliminares, *Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)*, 21, s.n.

- BARDAJÍ, R. (2002). Las dos guerras de Donald Rumsfeld, *Política Exterior* 16 (1), pp. 159-168.
- BIDDLE, S. (2004). *Afghanistan and the Future of Warfare: Implications for Army and Defense Policy*, Carlisle, Estados Unidos: U.S. Army Strategic Studies Institute.
- BINNENDIJK, H. (ed.) (2002). *Transforming America's Military*. Washington DC Estados Unidos: National Defense University Press.
- BOOT, M. (2003). The New American Way of War, *Foreign Affairs*, 82 (4), pp. 41-58.
- Chairman of the Joint Chiefs of Staff (2009). *Capstone Concept for Joint Operations*, Washington DC, Estados Unidos: U.S. Government Printing Office.
- COLOM, G. (2008). *Entre Ares y Atenea: el debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*. Madrid, España: IUGGM-UNED.
- _____ (2005). Afganistán, Iraq y el futuro de la transformación terrestre, *Revista Ejército* 770, pp. 6-12
- CORDESMAN, A. (2010). *The Afghan War: Metrics, Narratives and Winning the War*. Washington DC, Estados Unidos: Center for Strategic and International Studies.
- _____ (2009) *Cleansing the Poisoned Chalice? The Obama Administration and The Challenge of National Security Planning, Programming and Budgeting*, Washington DC: Center for Strategic & International Studies.
- DELONG, Michael y LUKEWARM, Noah (2004). *Inside CentCom: the Unvarnished Truth about the Wars in Iraq and Afghanistan*, Washington DC, Estados Unidos: Regnery.
- Department of Defense (2010). *Quadrennial Defense Review*, Washington DC, Estados Unidos: U.S. Government Printing Office.
- _____ (2009): *Quadrennial Roles and Missions Review Report*, Washington DC, Estados Unidos: U.S. Government Printing Office.
- DONNELLY, T. (2004). *Operation Iraqi Freedom: a Strategic Assessment*, Washington DC: Estados Unidos: American Enterprise Institute Press.

- GATES, R. (2009). *A Balanced Strategy: Reprogramming the Pentagon for a New Age*, *Foreign Affairs*, 89 (1), pp. 6-18.
- GORDON, Michael J. y TRAINOR, Bernard E. (2006). *Cobra II, The Inside Story of the Invasion and Occupation of Iraq*, Nueva York, Estados Unidos: Pantheon Books.
- GRAY, C. (2006). *Irregular Enemies and the Essence of Strategy: can the American Way of War Adapt?*, Carlisle, Estados Unidos: U.S. Army Strategic Studies Institute.
- _____ (2004). *Strategy for Chaos: Revolutions in Military Affairs and the Evidence of History*, Londres, Gran Bretaña: Routledge.
- GVOSDEV, Nikolas y REVERON, Derek S. (2010). Waging War, Building States, *Policy Review*, 163, s. n. www.hoover.org/publications/policy-review/article/49846 (visitado el 9 de octubre de 2010).
- KAGAN, F. (2006). *Finding the Target: The Transformation of American Military Policy*. Nueva York, Estados Unidos: Encounter Books.
- KITFIELD, J. (2005). *War & Destiny: How the Bush Revolution in Foreign and Military Affairs Redefined American Power*, Washington DC, Estados Unidos: Potomac Books.
- MAZARR, M. (1993). *The Military Technical Revolution: A Structural Framework*, Washington DC, Estados Unidos, Center for Strategic and International Studies.
- MCNAUGHER, T. (2007). The Real Meaning of Military Transformation: Rethinking the Revolution. *Foreign Affairs* 86 (1), pp. 97-101.
- OWENS, M. (2003). Transforming Transformation: Defense Planning Lessons from Iraq. *National Review Online* www.nationalreview.com/owens/owens042303.asp (visitado el 20 de julio de 2010).
- RICKS, T. (2006). *FIASCO, The American Military Adventure in Iraq*. Nueva York, Estados Unidos: Penguin Press.
- ROXBOROUGH, I. (2002). From Revolution to Transformation, the State of the Field. *Joint Forces Quarterly*, 32, pp. 68-76.

RUMSFELD, D. (2002). Transforming the Military, *Foreign Affairs*, 81 (3), pp. 20-32.

WOODWARD, B. (2002). *Bush at War*. Nueva York, Estados Unidos: Simon & Schuster.

WOLFOWITZ, P. (2004). Thinking About the Imperatives of Defense Transformation", *Heritage Lecture* 831, s.n.

WRIGHT, Donald P. y REESE, Timothy (2008). On Point II, Transition to the New Campaign: the United States Army in Operation Iraqi Freedom, May 2003-January 2005. Fort Leavenworth, Estados Unidos: U.S. Combined Arms War Center.